

BESAME



—¿Quieres un rascacielos, vida mía?
 —Quiero un rasca... otra cosa.

20 cts.

Gaceta Galante

AÑO I NÚM. 8

Suscripción trimestre...	2'50 ptas.
" semestre...	5 "
" año...	0 "
Extranjero, año...	15 "

CALENDARIO GALANTE

NARRACIONES GALANTES

LA MUERTE INCIVIL



¡Cuidado que era bonita la Lucía! Lucía unos diecisiete años tan suculentos, que era un verdadero encanto para cuantos tenían la dicha de tirársela a la cara.

Con su trajecito negro, tan vaporoso, que dejaba ver muchas cosas y adivinar todas las demás; su cuello y puños blancos, de encaje, que daban ganas de encajarle... lo que ustedes gusten; sus medias de seda negra, transparentes, que hacían ver las estrellas; sus zapatitos de charol, que invitaban a ofrecerle el calzador; su delantalillo bordado, cuyo bolsillo único parecía esperar que la metiesen un duro, lo más duro posible; su... etc., etcétera, estaba sencillamente comestible, y jamás pasó a su vista un hombre de gusto, que no quedase relamiéndose de ídem al mirar sus andares cadenciosos, pensando en las mil y pico de cosas buenas que podrían hacerse con tal criatura.

Pues toda aquella delicia era de la propiedad particular del excelentísimo señor marqués del Espolón Caído, ilustre prócer, y no menos ilustre carcamal que, con sus ochenta y tantos a cuestras, tenía la manía de vivir rodeado de un verdadero harén, que le costaba muchos duros, y más disgustos que duros, pues las raciones de vista que se daba de vez en cuando, eran seguidas indefectiblemente de otras raciones de cama obligada, con el inevitable acompañamiento de pócima y brebajes que, dejándole a él inútil para una temporada, dejaban en cambio muy apañaditos al médico y boticario.

En la regia morada del pellejudo aristócrata, comenzando por la excelentísima señora marquesa (excelentísima por su nobleza, y más aún por su guapeza), una formidable y bellísima morenaza de treinta años, andaluza, hija de un cortijero, a la que el enamorado carrinclón se dignó levantar hasta su elevada alcurnia, aunque sin poder conseguir que ella le levantase nada jamás; siguiendo por las dos cocineras, asturianas, rollizas, nada meticulosas;



—¿Por qué diría el poeta que donde se halle una mujer que se quite todo?

continuando por las tres doncellas, madrileñas, barriobajeras, vivas y decididas, y acabando en la doncellita particular de la señora, la pizzireta Lucía, especie de botones (sin botones)... todo el personal femenino era escogido a pulso, no obstante que el pulso del señor marqués dejaba bastante que desear, en punto a firmeza.

Cuando las circunstancias lo permitían (muy de tarde en tarde, y siempre, en ausencia de la señora, que fingía ignorarlo, y se dedicaba a otra especie de sesiones, que el amojamado sultán ignoraba sin fingirlo), el señor marqués, bien acomodado en amplio sillón, iba recibiendo por turno riguroso la visita de todas las domésticas que, desnudándose ante él, dejábanse admirar por sus torpes ojos, que acariciaban con lúbricas miradas las carnes jóvenes, hasta que, vencido por terrible excitación, se hundía en el sopor de la imbecilidad más completa, de la que sólo podía salir al cabo de muchos días, a fuerza de potingues.

Estamos en viernes, aunque no de cuaresma, y, por tanto, sin abstinencia de carne. Hoy toca el turno exhibitorio a Lucía, de reciente ingreso en la casa, quien, sin el menor recato, aunque con algún temor (¡oh, juventud ignorante! Temor ¿de qué?), queda en pocos momentos como la echara al mundo su señora madre, aunque por fortuna bastante más desarrollada.

¡Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal, y qué espectáculo se ofrece a la ansiosa vista de aquella noble estantigua! Yo haría gracia a los queridos lectores de su descripción; pero como tal vez les haría poca gracia, voy a intentar la labor

de hacerles formar una idea, lo más aproximada posible, del cuadro histórico. (Eso de *aproximada*, es un decir, naturalmente.)

¿Habéis visto alguna vez un capullo en el preciso instante de su eclosión? ¿Habéis observado un zángano, en el momento de estirarse para echar a volar? ¿Habéis presenciado una misa de pontifical, en el supremo minuto de la consagración, cuando hostia en mano, el sacerdote se la levanta al mismo Dios, ante la admiración de los fieles, que se bajan hasta el suelo?... Pues algo de todo esto tiene el cuerpo divino de la apetitosa adolescente que nos ocupa. (¿Decíais algo?...)

Un capullo magnífico, un zángano bien estirado, un levantamiento general (con la bajada correspondiente)... Todo esto conviene a la belleza maravillosa de aquel cuerpo, más blanco que la leche condensada, aunque adornado con atractivas manchas de negrísimo *ciertopelo* en los lugares de costumbre. El torso magnífico; las piernas torneadas; los armoniosos hemisferios posteriores, de línea suave, pero agradabilísima a la vista, y seguramente al tacto; los senos erguidos y desafiantes, rematados por dos rojas fresas... todo está pidiendo una barbaridad de cosas. Es una suma tal de encantos, que parece invitar a estarlos sumando indefinidamente, hasta llegar a una multiplicación definitiva. Prescindiendo de detalles, con lo que seguramente os ahorraré algún disgusto, cúpleme hacer constar que es un conjunto corporal, como para pasarse media vida (y parte de la otra media) haciendo en él experiencias fisiológicas, tocológicas... y de las otras.

Después de unas cuantas evoluciones (al son de una campanilla, porque del pito que en otros tiempos usara el señor marqués, sólo queda un mustio recuerdo), dejándose caer de espaldas sobre la mullida alfombra, con los ojos cerrados, pero abierta de piernas, queda como dormida, ofreciendo impúdica a las turbias miradas de los encandilados ojos del apergaminado, mamotreto, la suculencia del más secreto encanto, que parece sonreír burlonamente ante la angustiada impotencia del vejestorio abrumado.

La intensidad de la emoción sufrida determina en su excelencia un aturdimiento tan terrible que, como herido por la experta mano de valiente puntillero, pierde el poquísimo conocimiento de que dispone, quedando atarugado y soponciado, haciendo la competencia a cualquier plebeyo conejo después del mazazo liquidador. Y libre la chica, de toda obligación y respeto, ante el oportuno mutis del amo, vístese y marcha a sus quehaceres, dejando al señor marqués que salga de su *apoteosis* cuando sea servido.

Pero no; no puede salir. Porque no habiéndole sido posible estirarse lo que hubiese querido, no le ha quedado otro remedio que estirar la nobilísima pata, haciendo liquidación total por defunción, y pasando en pocos segundos del estado de fiambre honorario, al de momia efectiva; lo que ha sido un momio no despreciable para la excelentísima señora marquesa, hoy viuda real, y siempre real hembra, riquísima por todos los cuatro puntos cardinales, gracias al eclipse total del marido de derecho, que jamás tuvo derecho... lo que convenía, y sólo fué esposo de lengua; por lo que, si la doncellez de la apetitosa ex cortijera había pasado a la historia... natural, no

era ciertamente por obra y gracia del noble señor que, ya al casarse, ostentaba con toda propiedad el rancio título de marqués del Espolón Caído.

Murió el noble marqués, como un al golpe de la erótica puntilla, [marrajo, porque al ver en el suelo a la chiquilla no se la pudo alzar con desparpajo.

Nadie florece su muerte prematura, porque a todos con ella ha satisfecho. ; De hoy más, tendrá el marqués algo

[derecho!

; La cruz que se alzaré en su sepultura!

P. TRONIO



Ella.— ¡Hay que ver lo que hemos hecho!

El.— ¡Bah! ¡Tonterías!...

¿Que quiere usted que escriba?

Del moderno desnudismo

Por la actualidad del tema, la carta que me hace la sugerencia la aparto de las otras recibidas juntamente. No crean mis corresponsales que por esto van a quedar en olvido las suyas. Quedan en turno, agradecidas por la amabilidad de dirigirme y por la corrección en que vienen todas. Así, amigos míos, la correspondencia es un gusto. Las chabacanerías, bromas pesadas, chistes de doble sentido y toda esa serie de groserías que cree poder permitirse alguno de los que escriben sin firmar su verdadero nombre, sólo obtendrán el más absoluto silencio por mi parte.

El desnudismo... Muy bien. Hablemos del desnudismo, pero hablemos con franqueza, con esa franqueza que no usan los desnudistas ni los antidesnudistas, y seamos lo suficientemente nobles para declarar que hay un previo problema de... sinceridad. Yo me he leído un montón de libros sobre desnudismo, en pro y en contra; he visto, y suelo seguir viendo con frecuencia, varias revistas de propaganda desnudista, y... tengo la pena de confesar que no he hallado la sinceridad suficiente para convencerme en un sentido ni otro. Tanto en los desnudistas como en los antidesnudistas, asoma la picardía, la malicia, la mala intención, aunque con apariencia de seriedad científica. Por eso encontramos en el desnudismo el primer problema que hemos dicho de sinceridad. Y mientras la gente siga siendo hipócrita para disimular sus verdaderos sentimientos, no vale la pena tratar con formalidad los asuntos.

Alemania cuenta con dos millones de adeptos al desnudismo; dos millones de personas que organizan excursiones a lejanos bosques para pasar un día de fiesta o una semana o un poco más—hasta que la policía se los lleva vestidos y maniatados—para vivir con la indumentaria de Adán y Eva, pero sin hojas de parra. Juegan, cocinan, reman, cazan, estudian y hacen cuanto necesitan para satisfacer toda ansiedad física o moral, todo completamente en cueros. Acuden hombres viejos, señoras barrigudas, niños mancebos, jovencitas venusinas, hombres viriles, jamonas tubbadoras, y todos se dedican a sus distracciones favoritas, sin pensar en que van en cueros; pero... mirándose con el raballo del ojo. ¿Son absolutamente sinceros? Yo no lo creo, y para ello me basta recordar lo que yo misma he visto en los campos de desnudismo de Alemania y con las fotografías que publican las revistas de propaganda.

En las revistas de propaganda, cualquiera echa de notar que pocas veces son feas las mujeres ni mal formados los hombres, y que sus posiciones están tan estudiadas como si previamente se les advirtiera del efecto que deben producir en quienes compren la revista. Hay en muchas de estas fotografías hasta procaacidad sensual. Y tengo para mí que los editores no se preocupan de la propaganda de una teoría científica, sino de excitar el interés lu-

LEVANTANDO CALUMNIAS



—Sé, lector, que hablarás mal de mí. ¡No me importa! Mientras lo hagas por detrás!...

jurioso de los compradores. Lo creo un truco para vender fotografías de hombres y mujeres desnudos, como antes se daban los editores al truco "artístico" reproduciendo estatuas y desnudos de los museos, intercalando retratos de las modelos y cuadros que no han estado jamás en museo alguno.

En los campos de desnudistas se puede observar algo tan elocuente como el hecho de que tengan más "socios" aquellos donde más abun-

dan las mujeres jóvenes y hermosas. No por nada pecaminoso, desde luego, pues allí se va con una pureza ideal; pero siempre agrada tener cerca a una bella mujer desnuda, más que a una vieja arrugada o al momificado "profesor". Y yo, que he estado en alguno, aseguro que ni ellos ni ellas se desprendían de su psicología en ningún momento, y que las mujeres sabían adoptar siempre las posiciones que las favorecían más, como ellos sabían colocarse siempre en los sitios desde donde podían tener mejores vistas.

Y es que es muy difícil dominar los instintos naturales. La mujer, vestida o desnuda, coqueteará siempre y hallará su felicidad en cautivar a los hombres. Los hombres, en cualquier parte y con cualquier indumento, se sentirán atraídos por la belleza femenina y ansiosos de admirarla si no puede ser más. Y si los desnudistas se enfadaran conmigo y me quisieran anadar con sus alegatos científicos, yo les haré callar preguntándoles cómo es que en los campos desnudistas han de adoptar los hombres, con frecuencia, ciertas posiciones para disimular que... no están insensibles al desnudo de sus amigas.

Es decir, que no veo en las revistas de desnudismo más que un truco editorial, y en los campos de desnudismo no veo otra cosa que la excusa científica para que la mujer satisfaga sus secretos deseos de exhibición y el hombre los de solazarse con la exhibición de ellas.

La teoría científica... es tan complicada, que no podemos acometerla en una publicación como la presente. Muy bonito eso de que con el desnudo se consigue la reconquista del hombre sobre sí mismo; muy bonito creer que el hombre alcance mayor perfección ética si va desnudo que si va vestido; muy cierto que el desnudo no es inmoral, y también muy verdad que toda deshonestidad está en el cerebro. Pero hemos de comenzar por suprimir la deshonestidad del cerebro, los malos pensamientos, y como esto no es posible, siempre nos hallaremos con personas que, en el campo desnudista, disimularán sus pensamientos y nos dirán que ellos no experimentan la menos tentación sexual; pero serán tan hipócritas como los viejos místicos que buscan en las sombras de las iglesias los roces y las apreturas.

La teoría, muy sublime; pero la realidad está muy alejada de la teoría. ¿Que hay desnudistas de buena fe? Estoy ciertísima. También hay quien va al cine de buena fe. ¿Cuántos? La respuesta ya no es tan sencilla.

¿Ponerse en contra del desnudismo por su falta de sinceridad? Yo no me siento capaz. ¿Crean ustedes que las faljas cortas se han inven-

tada para comodidad de la mujer? ¿Creen ustedes que el restorán en las playas de lujo está puesto para que a los comensales les haga más provecho la comida si comen en "maillot"? Lo que hay es que a los hombres les gusta mucho ver desnudas a las mujeres, todo lo más posible, y a las mujeres les gusta muchísimo mostrar a los hombres sus intimidades todo lo posible. Y por eso se esfuerzan unos y otros en buscar trucos, excusas, para satisfacer sus instintos. ¿Es que el tango ha tenido tanto éxito por su compás dormilón, cursi y decadente, o porque la moda permite que los bailaradores se incrusten en una cópula casi completa?

No nos pongamos demasiado serios. Estas o parecidas cosas han

ocurrido y ocurrirán siempre. Se busca la excusa del arte para dar espectáculos afrodisíacos o fotografías incitantes; se encubre con apariencia de ciencia un deseo de lujuria; se atribuye a las apreturas de la aglomeración el gusto de restregarse hombres y mujeres. Todo estriba en que el problema sexual no está resuelto, en que las naturalezas de hombres y mujeres necesitan y reclaman lo que las leyes absurdas de la sociedad no les consiente, y la hipocresía entra en acción, buscando fórmulas para acallar el escándalo de los desbordamientos lógicos.

Y no les quepa duda a ustedes de que la causa verdadera está en que los legisladores son hombres que ya pasan de los cincuenta años.

A esa edad resulta muy cómodo reprimir impulsos que ellos ya no sienten y obligar a que se encadenen deseos que a ellos ya no martirizan. Por ello, y por íntima envidia contra la juventud, que podría ser feliz, con felicidad que ellos ya pasaron, los legisladores acumulan leyes prohibitivas... y el mundo sigue rodando en la más evidente de las hipocresías.

Perdón. No volveré a ponerme serio. Me ha obligado el desconocido lector que me ha sugerido el tema y el tono. Pero prometo no reincidir en reflexiones semejantes. Y para resarcir a ustedes, dejo ya preparada la carta alegre y rijosa que contes taré para el número próximo.

CHARITO ISOL



—¿Sabes que Manelín ha sufrido una caída?...
—¿Que ha sufrido? Me extraña. ¡Si fuera la primera!...

Reportaje de Colette Vallecás

Confesiones de un marido complaciente

“Con los cuernos sucedió lo mismo que con los dientes: al salir duelen, pero luego se come con ellos.”—
(Pensamiento atribuido a don Jacinto Benavente.)

—No es broma. Me llamo Inocente Novillo Caballo. Un diosecillo burlón me eligió los padres, y unió a un Novillo con un Caballo. Mi padre no se llamaba como yo ni mi madre era Inocenta.

Fuí niño quieto, resignado, de esos que no se meten con nadie; mi única distracción era hurgarme las naricitas y aprenderme la Trigonometría.

Me hice muchacho y estudié unas oposiciones. Las gané. Entré en el Ayuntamiento, y después de unos exámenes brillantísimos de Derecho administrativo, me destinaron al mercado de pescados. Aquello me escamó.

Se murió mi padre... Se me murió mi madre...

En este momento interrumpimos a nuestro reporteador.

—Sin música, Novillo.

—Es la congoja. Prosiga. En seguida busqué novia y me casé. El cura me dijo: “Esposa te doy y no sirva”, y yo juré al pie del altar darle gusto en todo, complacerla en todo, vivir para hacerla feliz, vivir para oír, vivir para ver... para ver qué deseaba.

La elegida por mi corazón se llamaba Pura Filifa. Tampoco es una broma ese apellido; otra ironía de la suerte.

Aquella noche primera de mi matrimonio, Pura me trajo una sorpresa. A las once de la noche empezó a quejarse de que le dolía mucho la barriguita, y a los quince minutos echaba al mundo un niño que era un querube. Ya me había extrañado a mí que mi novia tenía el abdomen demasiado desarrollado. Pero ella me decía:

—A mamá le pasa igual algunas veces; esto lo tenemos siempre en casa.

Y yo me creí que aquello era de familia.

—Pero usted—interrumpimos—¿había respetado a su novia?

—¡Siempre, es natural!

—¿Y qué hizo usted?

—Irme a consultar a mi jefe qué debía de hacer.

Me aconsejó que debía pensar en Calderón, pero ya no tenía el gusto de conocerle; ¿para qué irle con el cuentecito? Me dijo también que a mi Pura le cambiase una letra, la r. Tampoco me parecía lógico. ¿Qué culpa tienen las letras?

Así que me volví a casa, tranquilicé a mi mujercita y me fui a dormir al cuarto de la criada... No se sonría usted, caramba. Todavía no teníamos criada; sólo el cuarto.

Al día siguiente llamé a mi suegra y le conté lo sucedido. La buena mujer se interesó mucho por saber si yo me había enfadado. No, ¿para qué? Cogimos al niño, que al fin y al cabo había nacido en casa, y lo llevamos a bautizar. Yo no soy laico, ¿sabe usted? En casa somos muy religiosos. Mi mujer y mi suegra no pierden su misa en domingo, y observan la Pascua, la Cuaresma, todas sus fiestas. Somos gente de orden.

Al bautizo fué el jefe de mi oficina, que me distingue mucho, eso sí, y a mi mujer la adora; siempre anda con ella arriba y abajo; con



—Ese tarda. A lo mejor, me viene luego con un amigo...

decirle a usted que, gracias a él, he tenido hasta tres ascensos. Los compañeros de oficina son un poco bromistas y a mis tres ascensos los llaman los tres avisos, y respecto a mi apellido también me gustan chufas, dicen que ya no soy Novillo, que ya tengo los cinco años... No es cosa de enfadarse, ¿verdad?

Un día..., caray..., me hicieron entrar en sospechas. Tenía mi jefe, encima de su mesa, una pulsera, muy linda por cierto. Un compañero me dijo: “Esta noche la verás puesta en la muñeca de tu mujer. Si eres de casta, Novillo, mácala.”

Le juro a usted que me sentí picado y escarbé. Corrí a casa que embestia. Por la noche, ¡oh, rabia!, vi a mi Purita llegar de la calle...; en efecto, en la muñeca traía la pulsera.

Grité:

—¡Infidela! Esa pulsera te la ha regalado mi jefe.

—Cierto.

—¿Y confiesas?

—¿Por qué no?

—Luego me engañas...

—No te engaña, tonto; si te lo digo...

Reflexioné. Era verdad; no me engañaba. Y me tranquilicé.

Al hacer el primer año de mi matrimonio... ¿Se dice aniversario, verdad?

—Sí, eso se dice; pero no haga usted caso.

—Bueno; pues al año de estar casado, fué mi mujer y me trajo otro niño.

—¿Dió a luz?

—No; no, amiga Colette. Me trajo otro niño de tres años que tenía prohijado una amiga suya.

—¿Y entonces se acordó usted de Calderón!

—¡Que no, señora! A mí no me gusta contarle nada a los extraños. Al ver al niño me acordé del buen predicador que dijo: “Dejad que se me acerquen las criaturas”, y me sentí magnánimo, y perdoné.

A mí el médico me ha dicho que evite las impresiones fuertes, y como si me disgusto me sienta mal todo lo que como, comprendí, callé y no le dije nada.

Un día, mi Purita me preguntó que si la dejaba ir al cine con un amigo que nos habían presentado no sé quién en la plataforma de un tranvía, y como yo había prometido en el altar no contradecirla jamás, le concedí el permiso para ir al cine. Sólo que el cine estaba en la ronda de San Antonio, de Barcelona, y tardó la sesión cerca de seis meses en terminar.

—¿Caramba!

—Pero yo no la regañé. Pobrecita, si ella se divertía de esa manera. Además que, durante ese tiempo, mi suegra atendía a todo y hasta se acostaba en mi cama, porque, como

era Noviembre, para que yo no me asustase de las ánimas.

La única contrariedad que tuve entonces es que el jefe se enfadó mucho conmigo y me dijo:

—Es usted un animal de esos que llevan un cencerro colgando.

También quería que la matase, y a todo eso, venga de hablarme de Calderón. Pobre señor; ¿quién sería que lo preocupaba tanto?

Menos mal que una tarde que Purita se fué a merendar con él lo desarmó. Porque hay que hacerle justicia a la pobre; tiene gancho y una mano izquierda que los vuelve arropo, los convierte en verdaderas peritas en dulce. Había que r con las peritas cómo los dejaba.

::

De pronto, mi mujercita se me pone mustia, se me arruga, lagrimea, le da el histérico.

—¿Qué tienes, rica; dime qué te pasa?

No me contestaba. Entonces intervenía su madre:

—Dime tú a mí lo que te ocurre, hijita.

—Mamá, yo quiero un negro para jugar.

Al principio pensé: "esto es música". Mas no. Sí quería el negro, y el moreno era un boxeador que había venido a Price y ella lo había conocido una tarde en el café "La Elipa".

¿Qué iba a hacer? Fui a buscar el negro; le enteré de lo que ocurría, lo traje a casa, y después de darle un billete de quinientas pesetas, porque si perdía peso no podría hacer su exhibición en París, se lo introduje a mi mujercita en la alcoba.

—Anda, hija, ahí lo tienes. Juega un rato con él.

Acerté. El negro la entretuvo cerca de dos horas, y cuando se marchó, Purita estuvo durmiendo treee horas seguidas.

Sin embargo, ¿había resuelto su necesidad? Seguía con fiebre, se ponía furiosa con aquellas calenturas, y allá que iba yo otra vez en busca del negro. En una de estas, se le ocurrió venir a casa a mi jefe... No quiera usted saber lo que allí ocurrió. El boxeador, creyendo que aquél era el verdadero marido, salió huyendo, dejándose olvidada en casa la ropa. En el portal lo detuvieron los guardias... Se armó un escándalo tan grande, que del susto a mi Purita se le curó el histerismo, que, en medio de todo, fué una suerte.

De resultas de aquel incidente, mi jefe decretó mi cesantía, y, créame usted, que sólo en aquel momento me sentí inútil.

En este punto del reportaje le miro y le reconozco cierta grandeza.

—¿Vive usted aun con su mujercita?



—No sé si vestirme o desnudarme... Por un lado espejo a Juan, pero, si no viene, tendré que ir a buscar a Pepe...

—Ya lo creo. Al ver la pobrecita con qué injusticia era yo tratado, se rebeló todo su ser contra semejante iniquidad, y exclamó con sobrenatural decisión:

—No te aflijas, tú, marido, que mientras tu mujercita viva, a ti no te ha de faltar nada, nada, nada. ¡Por cascarones!

Era tan tierno aquello que me decía, tan conmovedor, que yo no supe negarme; además, no debía. Cuando las cosas se ofrecen así, con tal arranque de sinceridad, rechazarlas es una ingratitude.

Al decir esto, Inocente Novillo y Caballo tiene el gesto de un bienaventurado. Acuérdense ustedes: "Bienaventurados los mansos, etc."

::

—Terminemos, don Inocente. ¿Cuántos hijos tiene usted?

—Mi reportado se sonríe.

—¿Cuántos hijos tengo? Verá usted: En casa han nacido cuatro y uno que trajo Purita..., total, cinco.

—No ha llegado el sexto.

—No pierdo las esperanzas. Purita me escribirá últimamente...

—¿Cómo? ¿No está en su casa su compañera?...

—La vida está difícil, caramba. Purita lleva en Portugal cerca de siete meses. Me escribió—le decía a usted—confesándome que se sentía un poco molesta. Esperemos, pues. Lo único que me contraría es que no nazca en casa, ¿sabe? Es la tradición. Y aquí observamos con mucho celo nuestras costumbres.

Después de pronunciar estas palabras, se sonrió satisfecho.

—Bueno—concluye—. Con permiso de usted. Yo ahora me voy a mi casinillo a jugarme al "póker" mis cinco duros de todos los días.

—Y ganará seguramente—le reprocho.

—No, señor; pierdo. Pierdo siempre. Ya sabe usted: desgraciado en el juego...

::

Salgo del café donde he celebrado esta interviú, en que un alma no es que se haya desnudado, es que se ha quedado en cueros y se ha vuelto del revés hasta la bolsa biliar, y salgo aturdida. Me duele la cabeza y me parece oír a lo lejos como un rumor de cencerros. ¿Realidad? ¿Delirio?

ENVIO

A ti, satisfecho y cínico Inocente, que seguramente no eres el único ejemplar en el corral de la vida; a ti, Pura, criatura que has convertido la vida en un chaslestón, en el que cambias alegremente y sin cesar de pareja, y a ti, madre-suegra de vitola, digna de mármoles, que sustituyes a tu hija en el propio lecho de su marido y tu yerno, voy a dar a la historia una frase tuya, que se la cuentan a Homero y la pone en coplas:

—Hija: ahí te devuelvo a tu marido sin el musgo de las ruinas, sin el óxido de lo sin usar. Durante tu ausencia te he cuidado su huerto y te lo encuentro en estado aceptable: las hojas limpias, las flores sonrosadas, el tallo sin doblegarse...

Adiós, Purita; que sea enhorabuena.

COLETTE VALLECAS



Chismorreo teatral

SE MURMURA...

...que el empresario director de un popular teatro de revistas está casado desde fecha muy reciente.

...que es tan reciente, que su esposa está embarazada de siete meses.

...que hace pocas noches, la esposa llegó al despacho de la Empresa muy tempranito.

...que encontró a su maridín un poco sofocado y carraspeante.

...que le echó la culpa al calor de tormenta de Julio que hace estos días.

...que, de repente, la cónyuge dió un grito.

una revista nueva, cuyo modelo consultaba la artista con el director.

...que la esposa, entonces, lloró mucho y pidió perdón.

...que en esta historia verídica hay un final muy grave.

...que aquella noche, al desnudarse en casa, el empresario director observó que su mujer traía un *culotte muy extraño*.

...que, reconocida la prenda, resultó ser un calzoncillo de caballero.

...que la mujercita no pudo justificarle a su maridín la causa de la absurda transformación.

...que el brutísimo del esposo, ofendido, sin reparar en los siete meses, la ha hecho tomar un abortivo.

...que la mujercita jura y rejure que ella no ha ido más que a San Nicolás a confesarse con el cura nuevo.

::

...que Celia Gámez también este verano dice que se quiere encerrar en un convento.

...que siempre se fija su devoción en algún convento de monjitas industriales.

...que las industrias de las monjas siempre son parecidas: las de San Blas, por los unguentos; las de Santa Ursula, por los huevos hilados; las de la Expiación, por su miel, y las de San Jacinto, por los bollos.

...que la tiple gallega, injerta de bonaerense, no ha dicho todavía qué monjas prefiere, si las de Santa Ursula o las de San Jacinto.

::

...que un tenor muy lírico es a ratos el capricho de las damas.

...que el tenor, a pesar de que dirige personalmente sus asuntos, no puede prescindir de un ayudante, que le sirve a la vez de ayuda de cámara.

...que el tenor debe tener miel para las damas, porque se le pegan de tal forma, que no hay forma de desprendérselas.

...que el joven lírico ha descubierto un truco.

...que ese truco es, sencillamente, dejarse sorprender por las adoradoras en amartelado coloquio con su ayudante-mayordomo.

...que las pobrecitas, desengañadas, se marchan siempre gritando y llamándole asqueroso.

...que el tenor hace un comentario.

...que el comentario es éste: "¿Asqueroso? ¡Qué saben ellas!..."

::



—¿Qué es lo que más te ha gustado del paisaje?
—La cascada.

...que una mujer de teatro, muy celebrada, tiene un marido.

...que el marido, como empresario, tiene un representante.

...que el representante tiene un perro.

...que cuando la mujer de teatro tiene que "echar cuentas" con el representante, le dice al marido: "Anda, Fabián, vete a dar una vuelta con el perro y no vuelvas hasta dentro de dos horas".



—Unas manos divinas para el piano.
—Pues aún son mejor para el clarinete.

...que el empresario director acudió a ver qué le pasaba a su mujercita.

...que la halló enfurecida mostrándole esa cosa que las mujeres llaman ahora braga.

...que el empresario del carraspeo se quedó ronco definitivamente.

...que en aquel momento llamó en la puerta alguien...

...que quien llamaba era el "amigo" de la tiple cómica.

...que venía de parte de su "nena" a ver si se había dejado allí el calzón...

...que la esposa se quedó muda.

...que en seguida se deshizo el error.

...que aquel *culotte* era, sí, de la tiple, pero correspondía al vestido de



—Es usted un tercero en discordia. Máchese, que nosotras estamos muy bien avenidas.

“BÉSAME” TEATRAL

La próxima temporada galante en Madrid

Ya nos vamos enterando de lo que va a pasar en Madrid en los numerosos teatros que este año piensan dedicarse al género sicalíptico.

Son:

Eslava,
Romea,
Pavón,
Martín,
Maravillas,
Fuencarral,

sin contar La Latina, que actualmente *sicalíptiza*, pero en Septiembre volverá a las obscuridades del cine, que son más sicalípticas que cualquier teatrillo de los de vicetiples con el ombligo al aire.

Seis teatros galantes nos parecen muchos teatros; pero, en fin, allá ellos.

En Eslava, con Pepe Alba (precedente de Pavón), y Julio Castrico (que llega de Maravillas), viene de vedette Laura Pinillos.

Celia Gámez vedetteará en Pavón, como la temporada pasada.

En Maravillas veremos—nos desojaremos mirándolas—dos estupen-

deces de niñas: Amparito Miguel Angel, que se la han quitado—¡ay!—a Sagrañes, y Amparito Taberner, que no sabemos quién la tendría cogida.

A Martín va Blanca Pozas, que ya ha hecho las paces por sexta o séptima vez con Miguel Ligeró. Es decir, nosotros los vimos juntos en un merendero de la Bombilla hace pocos días; ¿*paseaban?* ¿*Reñían?* No. No reñían; que no reñían...

Y, en fin, Fuencarral, que intenta prolongar su temporada después del gran éxito de “Las Meninas”, que tanto gustaron, mientras ha fracasado “Las del Pichi”, meneándolas encarnizadamente.

Las vedettes de Fuencarral son dos: Lolita Méndez, graciosa, retrecherísima y con unos muslos *ilustres*, y Conchita Constanzo, que tiene una carita de pascua y un aire de pava capaz de hacerle perder la frialdad a Azaña, o de hacerle dar dinero hasta al propio March.

Eslava y Pavón inaugurarán sus temporadas con la misma obra:

“Las leandras”, y Maravilla y Romea con “Me acuesto a las 8”. Error. Mal principio. Es establecer unas competencias que perjudican. Obras nuevas es lo que hace falta. ¡Virginidades! Es muy difícil esto, pero al menos que los títulos sean diferentes.

Lo que es innegable que los madrileños vamos a disfrutar este otoño de unas vistas estupendas:

Blanquita Pozas,
Lolita Méndez,
Celia Gámez,
Amparito Miguel Angel,
Amparo Taberner,
Concha Constanzo,
Perlita Greco,
Laura Pinillos,
Aurora Sáiz,
Margarita Carvajal.

Como ven ustedes, un otoño magnífico. ¡Qué otoño! Vemos relamerse ya a innumerables y distinguidos *poceros* de los Casinos madrileños.

Pues nada, jóvenes y viejos, ¡sus, y a ellas!

::

El teatro este alegre y de poca ropa acaba de llevarse a sus filas a tres escritores madrileños de los calificados hasta hoy entre los serios, o mejor dicho, entre los autores de comedias impecables. Son el ya popular y famoso Paco Ramos de Castro, que con Gerardo Ribas ha hecho “Goal” en el escenario de Romea, donde ellos han metido su balón, y Eduardo M. del Portillo, que acaba de poner la palabra “telón” a una revista alegre y atrevida que se titula: “Las besuconas o la tournée del Paraíso”. Músicas para una y otra obra son de Guerrero y Penella o Díaz Giles.

De otros estrenos se anuncia en Maravillas el de “Mi costilla es un hueso”, con el que el maestro Alonso inicia el ataque esta temporada.

No va más, y ya es bastante, porque seis teatros de un mismo género en una sola ciudad son indicio de que se arruinarán cuatro, salvo de que la gente madrileña *despuable* todos los otros teatros, cosa que podría suceder.

En esos seis teatros actuarán doce vedettes y 118 vicetiples.

¡118 vicetiples!

::

Aviso a las criadas de cuatro duros y a las modistillas que ganan cuatro pesetas: “Se necesitan en los teatros de Madrid *ciento dieciocho* vicetiples que reunan las siguientes condiciones:

Talla: un metro cincuenta.

Peso: 52 kilos.

Mamaria: 18 centímetros de circunferencia y seis de saliente.

Muslos: 36 centímetros hacia la mitad del muslo.

A ser posible que no tengan madre ni novio, pero si no cantasen... no importa.

E. P.”



—Dile a don Froilán que no te meta moneda falsa.
—Pierde cuidado que no me la meterá.

En la mesa del café

Contando cuentos

Joselito Martín era un malage, eso que llaman así los andaluces; pero dicho en madrileño neto, diremos que el tal Joselito Martín era un patoso.

Si a la mala sombra de un niño patoso, añadimos que la *asaurísima* criatura se creía con gracia, y que según sus amigotes estaba *sembrao*, calculad la cantidad de estupidez y pretensión que almaenaba la criatura.

—Es de lo más grande...—decía un pinchi.

—Se le ocurre cada cosa...—añadía otro.

Y lo que se le ocurría era cada bestialidad que tumbaba, que en eso de imaginar burradas y trucos de remalísima sangre era, no ya el "as", sino la catedral primada de las salvajadas.

Bromas que imaginaba el angelito: entrar con un auto en una tienda de azulejos; suspender un tiesto sobre la sopera de una familia obrera que comía al aire libre; pedir auxilio a un guardia y ponerle el pie al subir a la acera para que se hiciese las narices cisco contra la esquina; atar a la cola de un burro resabiado una lata, y al mismo tiempo a la ruedecilla del carro de un frutero y hostigarle (hostigar al burro, no al frutero).

Otras veces entrar en casa de unas niñas complacientes, y tras de llevárselas la ropa, prender fuego a la alcoba para que las infelices mujeres salieran despavoridas y en pelota a la calle.

La última broma, la que parecía más inofensiva, fué la que le puso un par de banderillas de fuego en su amor propio y en su coraje de niño mal criado.

Un día leyó entre los anuncios de un periódico el siguiente:

"Fátima. Lee el porvenir. Predice el destino. Lo adivina todo. Para su videncia no existe el menor secreto. No lo olvidéis: Fátima. Lo adivina todo."

Joselito Martín preparó su partida.

—Ea, niños. A divertirnos un poquito. Veréis ustedes las inectivas que le preparo a esa Fátima, que si no es de Palafrugell será porque ha nacido en la cae de Toledo.

Allá se fueron los seis o siete caimanes o caralampios dispuestos a chinguearse un ratito prolongado de la pobre adivinadora del pensamiento o echadora de cartas, que se ganaba la vida, o las dos pesetas para ayudar a la mala vida, como buenamente podía o Dios (si es que Dios se mete en esas cosas) le daba a entender. Porque Fátima, que lo adivinaba todo, no acababa

nevera de adivinar de qué forma resolver su vida.

Fátima, apenas abrió la puerta y vió entrársele por ella aquellos siete demonios, ninguno mayor de veinticinco años, todos rígidos y serios, con una gravedad que se presentía fácilmente era fingida. Y, claro, no más verlos los *caló*, y se dispuso a tener resignación, no fue-



—Lector: ¿Qué hacemos de esta angelical criatura? ¿La tiramos? ¡Asco de verla da!

ra a darles la idea de romperle los platos y los vasos, como le sucedió anteriormente cuando en otro barrio de Madrid se llamaba Madame de Mac-ferland.

—Buenas tardes—susurró Joselito.

Fátima respondió:

—Alajama barata.

—¿Cómo!

—Ajonjolí Kaumé.

Joselito se amoscó:

—Esta tía se va a quedar conmigo—pensó.

Para no dejarse vencer delante de sus adictos, sacó fuerzas de su sorpresa primera:

—Ahora veréis: Jaima sube la jaula, Jaima baja la jaula.

Fátima contestó aparentando extrañeza:

—Jamalajá, jamalaju la tuya y el Gurugú.

En seguida habló en castellano desfigurado:

—Españó no hablar áraba. No importar. Sentarse góvenes, decir que-réis cosa.

Joselito estaba lo que se dice mosca perdido.

—Bueno; vamos a ver, doña Ci-ruela; a ver si me adivinas lo que me pasa, si es que tú adivinas algo.

Fátima se mordió los labios.

—A ver, abre mano. Pon palma cerrada dentro un duro.

—¿Un duro?

—Ya te adivino que no lo tienes. Pon dos pesetas.

Joselito guiñó un ojo a sus compañeros, y puso el duro pedido en su mano cerrada echándose a reír.

—Primer colón...

La adivinadora estaba negra...

—Con bromas yo no puedo trabajar.

(Nerviosísima, empezaba a perder el acento moruno.)

—Bueno—accedió Joselito en serio—. ¿Qué me pasa a mí?

—Que tienes mucha guasa.

—En serio, digo yo ahora. ¿Con quién vivo yo en Madrid?

—Con una tía tuya.

—Arrea. Segundo colón. ¡Vivo solo!— Y se echó a reír. Sigue. ¿Dónde está mi madre?

Silencio.

—Que dónde está mi madre.

Continuaba el silencio.

—¿No me dices nada de mi madre?

—Sí, jovencito, sí; ahora le diré algo de su madre... Está en Valladolid donde...

La risa de Joselito la cortó la frase.

—Otro colón; otro colón... Y mi padre, ¿dónde está mi padre? Tampoco lo acertarás.

—Verás; sí. Tu padre está en Barcelona.

Al oír esta aseveración Joselito armó un enorme escándalo de risotadas, a las que le hacían coro las no menos estrepitosas de sus amigos.

—¡Ay qué birria! ¿Que mi padre está en Barcelona? ¡Qué gracia! Otro colón... Si mi padre se murió...

Echando lumbre por los ojos, y con ademán de furia, Fátima dió un grito que hizo enmudecer al bromista al mismo tiempo que le hacía sentarse de golpe.

—Calla, calla, gazznápiro, estúpido, necio, incluso. ¿De qué presumes, gañán? Mira las cartas, mira... ¡imbécil! Tu padre está en Barcelona.

—Ay... que me troncho, que me desarticulo. Mi padre está enterrado en Algeciras.

—¡No, entérate; no... adoquín! El que se murió fué el marido de tu madre. Pero tu padre, tu pajolero padre está en Barcelona, y en la cárcel, por ladrón.

::

Esta fué la última broma que dió Joselito Martín, señoritingo patoso, de los que aún quedan algunos ejemplares.



UN CUENTO



Cosas de estudiantes

La escena una casa de huéspedes de aquellas de "seis pesetas, tres platos y postres".

Patrona: una viuda de un magistrado (eso decía ella), que se ocupaba personalmente de la cocina, porque le entretenía mucho hacerle los platos a los huéspedes. Cuarenta años bien llevados, guapota, sensualota, castizota y de lo otro.

Los huéspedes: seis estudiantes, entre los dieciocho y los veintitrés años, un militar retirado, que había sido novio formal de Guadalupe—tal era el nombre de la dueña—, hacía veinte años que la adoraba sentimental y platónicamente, y que se había conservado intacto, virginal para aquella mujer que le había traicionado dándose a otro mientras él se hacía alférez en la Academia general militar, que entonces estaba en Valladolid.

Un cura que hacía álgebra por las paredes por culpa de Guadalupe, y un magistrado, ya sesentón, que según las malas lenguas era el difunto de la viuda. (Que es ya el colmo del sentido figurado).

Guadalupe era el rayo de luna (todo era por la noche) para aquellos seis estudiantes: dos de Derecho, tres de Medicina y uno de Farmacia. Les fiaba si no eran puntuales en el pago; les prestaba un duro cuando no reunían ni para café; hacía para ellos arroz con leche los domingos; les cosía la ropa; se dejaba manosear por ellos, aunque sin llegar a cosa de más transcendencia, y les encargaba mucho a las dos criadas:

—Tenéis que ser complacientes con los chicos, y no negarles nada. Están solos en Madrid, y no quiero que echen nada de menos.

Ya se encargaban las muchachas de no negarles nada a los estudiantes, porque en cuanto una de ellas entraba en un cuarto para arreglar una cama, allá se iba alguno de ellos detrás, y a veces el arreglo del lecho se convertía en desarreglo y tardanza.

Los estudiantes, a cambio de aquel trato amable, le llevaban a Guadalupe su alegría, sus risas, sus bromas diabólicas.

Después de las comidas, y una vez que se habían marchado las personas mayores, el militar, el cura

y el magistrado, la patrona y sus huéspedes jóvenes hacían sobremesas de hora y media. Entonces lucía ella sus habilidades de repostera: sacaba las tartas y los pasteles

tían los celos ni las rivalidades, y el duro que uno de ellos tuviera pertenecía igualmente a los otros cinco.

Nada les negaba Guadalupe, pero algunas veces le gustaba que le rogasen para oírles la *coba* que aquellos seis diablos se disfrutaban.

—No tengo hoy dinero.

—Sea usted buena, Guadalupe; que lo necesito para llevar la novia al cine. Si es usted tan buena y tan guapa y tan retrechera.

Añadían a estas palabras un abrazo y un par de besos estallantes en las sonrosadas mejillas, y el dinero que salía de la faltriquera de la encantadora Guadalupe.

Un día hubo en aquella casa una escena casi dramática, que dió lugar a una broma que pudo acabar en un hecho sangriento.

El militar retirado no podía vivir sin estar cerca y sin ver a Guadalupe. Sin embargo, se mostraba con ella brusco, y, a veces, altivo.

Aquella vez estaba Guadalupe de mal talante porque al magistrado se le había ocurrido darle celos, negarle un dinero y decirle, aludiendo a los chicos:

—Los huéspedes que no pagan deben ser echados a la calle.

El militar pasó por el lado de su adorado tormento, a quien encontró en la escalera, sin saludarla. Ella se revolvió:

—Eso es una grosería.

—¡Guadalupe!

—¡Arturo! Como no quiero consentirte más estupideces, hoy mismo buscas casa, y te mudas.

—Yo. ¿Por qué?

—Porque a mí me da la gana. Porque quiero en mi casa gente agradable, y no ceños enfurecidos y miradas como puñales.

—Guadalupe, tú sabes que no puedo vivir lejos de ti.

—Pues cambia de carácter o te vas a otra pensión.

—¡Es que tengo una espina en el alma!

—Eso me lo dices cantando por soleares, y puede que te lo escuche.

—Yo no olvido aquella traición tuya.

—No seas cursi, Arturo.

—Yo me conservé para ti puro.

—¡Puro! Pues ya le puedes prender pronto una cerilla, porque se te va pasando la edad.



—¡Ay! Ahora que gasto unos zapatos buenísimos, es cuando doy peores pasos...

caseros; los obsequiaba con el rom que le regalaba el magistrado. Era aquella una perfecta y alegre camaradería donde reinaba el afecto y el desinterés.

Por su parte, los chicos no sen-

BESAME



20 cts.

—¿No te da vergüenza de lo que has hecho a María?
—No, señora; fué un favor, pues a todas horas me decía que estaba deseando dejar de ser doncella...

